

DR. DONATO DEPALMA

“Nadie se muere hasta que no muera la última persona que la nombra...”

Donato Depalma nació un 2 de enero de 1927 y falleció el 4 de febrero de 2012 a la edad de 85 años; así debe figurar en algún papel administrativo, pero yo brevemente trataré de contar quien es (y no quien fue) el Dr. Donato Depalma, para que aquellos que no tuvieron el placer ni el privilegio de conocerlo, puedan entender por qué perdurará a través de los años, pues siempre será nombrado.

Lo conocí cuando ingresé a la residencia del Hospital de Niños “Ricardo Gutiérrez” en 1977. Depalma era Jefe de Unidad de Guardia. Como residente, tuve la suerte de poder aprender no sólo clínica y técnica quirúrgica, sino que con la misma mayéutica que enseñaba Sócrates, él transmitía con el ejemplo la ética, la educación, la responsabilidad en el trabajo y su amor por “su querido Hospital de Niños”.

Nos ayudaba en todas las cirugías sin importar el horario, siempre estaba ahí, y cuando no había más trabajo en quirófano, estaba en la guardia atendiendo los pacientes junto a nosotros.

Egresó con el título de médico en 1956. Ingresó al Hospital de Niños como practicante y perteneció a la primera camada de residentes.

Le tocó vivir la época de la Polio, en la que algunos médicos se quedaban hasta más de un mes viviendo en el Hospital pues no alcanzaba el gran esfuerzo de todos ellos. Vieron morir pacientes por insuficiente cantidad de pulmotores.

Alcanzó el doctorado en medicina. Su carrera hospitalaria continuó como Jefe de Unidad de Cirugía, Jefe de División, Jefe de Departamento a cargo.

Publicó dos libros: *“La pediatría en las culturas aborígenes argentinas”* en tres ediciones y *“Tango y Medicina”*. Cabe destacar que las ganancias producidas por la venta de este último libro las donó a la Cooperadora del Hospital de Niños. En sus carpetas están los proyectos de una edición ampliada y también un libro terminado de *“Historias de la Cirugía Argentina”*, que espero pueda ser editado dado que contiene un exhaustivo estudio e investigación de la misma.



Perteneció a la revista de nuestro hospital en su comité editorial, llegando al cargo de Asesor.

Fue profesor en la Cátedra de Historia de la Medicina de la UBA y de universidades privadas como la Maimónides y la Barceló. Fue distinguido, junto a otros colegas, por la Academia Nacional de Medicina con el premio “Marcelino Herrera Vegas” por el trabajo *“Traumatismos en el niño”*.

De sus numerosos trabajos de investigación solo citaremos algunos, pues la lista es extensísima: “Patología de los indios Onas”, “Patología de la Campaña del Desierto”, “Primer Protomedicato de la ciudad de Córdoba”, “Un médico explorador olvidado: Juan Charcot”, “Un investigador infatigable: Cristóforo Jacob”, “José Ingenieros, el sociólogo”, “Patología de los Yaganes”, “Aportes del Dr. Francisco Javier Muñiz a las ciencias naturales”, “Evocación del segundo Hospital de Niños”.

Lo que lo engrandeció no fue sólo esto, sino su forma de ser: un amigo de sus amigos. Un hombre con una gran humanidad. Un apasionado viajero del mundo que a su regreso dejaba escritas sus experiencias y a veces las reflejaba en publicaciones como *“Un pediatra argentino en la India”*.

En su casa, la cual tuve el honor de visitar en varias oportunidades, hay un gran salón transformado en Museo, con infinita variedad de objetos antropológicos –muchos relacio-

nados con la medicina— que incluye antigüedades de nuestro hospital de principios del siglo XX y hallazgos de sus viajes, todo debidamente ordenado y señalado. Era un placer recorrer ese “mundo” y oír como contaba la historia de cada uno de los cientos de objetos. Todos tenían su anécdota. Además, al haber ejercido la docencia primaria en su juventud, hacía que el escucharlo fuera un placer.

Los años profundizaron nuestra relación y tuve el privilegio de llamarlo “Tito”.

Siempre alentaba a los jóvenes, brindaba un estímulo, un simplificar y quitar obstáculos que obstruyeran el camino del otro.

Su sabiduría era muy grande, un gran lector con una memoria prodigiosa, por eso era un placer pertenecer a su entorno. Hablaba de historia, filosofía, música, cultura general... ¿qué no sabía Tito? Conocía la historia del Hospital de Niños como si la hubiese vivido íntegramente, sus orígenes, sus domicilios, los médicos participantes del crecimiento hospitalario, las dificultades por las que atravesó y nombraba a los grandes profesionales que honraron a nuestro Hospital.

Un hombre sin envidias, sin celos ni resentimientos (desgraciadamente comunes en nuestro medio), un hombre que se alegraba con la alegría ajena y se hacía eco de la tristeza del prójimo.

Jamás oí a nadie quejarse de su accionar, siempre fue respetado y querido en su círculo médico.

Desde su jubilación hasta una semana antes de su muerte tuvimos contacto. Siempre me preguntaba interesado como estaba “el Gutiérrez”.

Sabiendo muchas veces que su cuerpo flaqueaba, nunca se le oyó una queja, siempre él daba apoyo, estímulos y ayuda a todos.

Para mí, es un orgullo decir que él me contaba entre sus amistades. Siempre recordaré cuando atendía el teléfono y se oía el: —“Hola querido, cómo estás?”

Y volviendo a la frase del principio “*Nadie se muere hasta que no muera la última persona que lo nombra*” podemos afirmar plenamente que el Dr. Donato Depalma, —nuestro Tito— nunca morirá, pues siempre será nombrado...

Dr. Eduardo Acastello